

Este libro contiene la obra lírica completa de Pascual-Antonio Beño,
270 poemas en total, de los que ofrecemos, como muestra, 15 de ellos

ESCRITO EN LAS PAREDES DE UN PASO SUBTERRÁNEO
PARA PEATONES

Les taparéis la boca
y seguirán gritando;
sí, con sus ojos libres,
os seguirán gritando;
les cegaréis entonces,
mas sus mentes
os seguirán gritando;
destruiréis sus cerebros
— el corazón no muere —
os seguirán gritando.

Condenadlos a muerte,
nada importa, y sus cuerpos,
sin calor y sin vida,
os seguirán gritando.
Incinerad sus restos,
las cenizas
os seguirán gritando;
aquel espacio que ocupó su cuerpo
os seguirá gritando;
las palabras perdidas en el éter
os seguirán gritando;
las huellas de sus pies
sobre la tierra
os seguirán gritando.
No es posible callarlos,
no es posible.
¡Os seguirán gritando!

ESCRITO CON DESESPERACIÓN EN LAS TAPIAS DE UNA GRAN CIUDAD

Huid, hermanos, de la hiriente contaminación que os envenena,
de ese ruido inútil y estruendoso que trepana vuestros tímpanos,
de la prisa constante que os esclaviza,
del «stress» – digo cansancio –,
del monstruo insaciable de hormigón y chatarra,
del inmenso tentáculo mecánico,
de las multitudes informes,
del autobús, del metro, del semáforo,
de la trampa del «confort» que os enferma.

Huid de la confusión y el «surmenage»,
del hombre sin nombre,
de las etiquetas absurdas,
de los carnets de identidad
y del no ser.

Huid de la terrible sociedad de consumo,
de las letras de cambio, de las ventas a plazos,
de las fraudulentas rebajas de los grandes almacenes,
también de las grilleras con ascensor
y de los hormigueros con treinta pisos.

Huid de la angustia y del cansancio,
de la vida programada, del reclamo publicitario y reiterativo,
de los inexorables relojes sin pausa
y de esa amante oscura y cotidiana que se llama soledad.

Porque es hermoso el paraíso de los bosques
y los amaneceres de las cumbres nevadas,
el continuo nacer y morir de la mar, en olas,
y el horizonte sin fin – casi cielo – de las llanuras con sol.

Y no hay nada comparable con el diálogo del lago cuando amanece,
o con esa cal de los pueblos chicos, preñados de infancia,
en cuya tierra casi siempre está enterrada tu placenta

(esos lugares donde tú eres Pedro o Miguel,
y no es preciso más que tu rostro para reconocerte o para amarte).

Porque tú sabes muy bien que eres la ola azul
y río tranquilo y árbol y montaña
y llanura también – copo de estrellas – .

O [uno de] esos niños que juegan en la era – canicas, tabas –
ahora que son las seis en punto de la tarde
y aquel nido caliente de la escuela
quedó vacío y melancólico

DICHOSOS

Dichosos los que nunca se sintieron
huérfanos de amores y hambrientos de justicia,
los que jamás sufrieron tristeza en su infancia,
amargura en la adolescencia,
desesperación después y siempre.
Dichosos los que sólo pensaron en sí mismos,
los que nunca padecieron por los demás,
los que con todo se conformaron,
incapaces de usar su propia razón.

Dichosos los que vivieron siempre
de espaldas a la belleza que hiere,
a la duda que destroza,
a la infidelidad que deforma.
Dichosos los zánganos, las obreras
de la gran colmena existencial.

Aquellos para los que Beethoven
es como un pequeño suplicio,
la poesía cosa de anormales,
la solidaridad inútil,
el amor ganas de perder el tiempo.

Dichosos — a veces los envidio —
aquellos que nunca salieron de su barrio,
de su ciudad pequeña,
de su mundo sencillo y fácil,
siquiera fuese con el pensamiento;
los que nunca sufrieron cáncer en el alma.

Dichosos los hombres de feliz infancia,
de adolescencia sin amores desesperados,
de juventud sin inquietudes, salvo
el partido de fútbol del domingo,
la quiniela del martes
y la cuenta bancaria ambicionada.

Dichosos los que nunca sintieron
la tentación del suicidio,
ni el amor sin límites,
ni el perfecto sentido de lo ilógico,
ni las náuseas existenciales,
ni el mensaje de un torso de Fidias,
de un ramo de violetas,
de una calavera inexpresiva,
del embrión que late hacia la vida,
de la nave que surca los espacios,
de un poema de Rilke acaso.

Dichosos, sí, dichosos y malaventurados.

LOS SUICIDAS

Me acuerdo de vosotros con frecuencia,
porque humana es la tentación e inevitable,
humano, el hastío:
el deseo de apearse en marcha
de ese tren común, oscuro y misterioso,
que atraviesa la noche
— un viaje no elegido libremente — .

Cobardes suicidas,
quebrantadores de las normas,
de bíblicos preceptos establecidos,
desertores de la existencia,
incapaces de luchar
en la diabólica guerra humana
contra el desencanto, el aburrimiento,
el desamor y el cruel suplicio cotidiano.

Cobardes suicidas,
que os faltó el coraje necesario
para enfrentaros con las armas de la hipocresía,
de la resignación o del autoengaño,
a esta reiterativa lucha inútil,
sin enemigo ni victoria.

Humana es la tentación e irremediable.

Valientes suicidas,
qué valor, qué arrojo es necesario
para anudar el lazo corredizo,
apretar el gatillo del revólver,
colocarlo en la sien, sajar las venas,
arrojarse al abismo de las aguas,
tenderse en el raíl ferroviario,
acercarse hasta el gas y abrir la espita,
o embriagarse de alcohol y de somníferos
una noche de insomnio y soledades,

sentir la lucidez y la consciencia
y decidirse, al fin, sencillamente.

ESCRITO CON CARMÍN Y AMOR EN LA HABITACIÓN DE UN HOTEL

Los que buscáis inútilmente remedio a este estar solos,
los que tratáis de huir del desamor y el miedo,
los que venís a este refugio ahora,
a este cuarto alquilado y hediondo
—son trescientas pesetas la hora,
no hagan ruido y no enciendan la luz,
allí el retrete, hay toalla y jabón
en el lavabo, también permanganato,
agua caliente... —,
no olvidéis que aquí mismo
hice el amor con ella.

Los que buscáis inútilmente ahora
un momento de amor inexistente,
el calor mercenario y prestado
de este extraño cuarto
de intimidad y confianza huérfano,
no olvidéis que aquí mismo, en vuestro lecho,
hice el amor con ella,
que el tiempo se detuvo por su carne,
intacta y corrompida, terriblemente hermosa,
que sentimos amor, que era posible
vivir, seguir, por algo y para algo,
que en un instante, a veces, cabe un siglo,
y razón de existir en un abrazo,
que un gran amor son cientos
y somos uno.

Hice el amor con ella
huyendo de los nombres y de las etiquetas,
huyendo de las prisas, del galopar del miedo,
de esta existencia impuesta
donde el hombre es esclavo del hombre,
para apurar la vida, la juventud, ser libre,
soñar — soñar acaso — que sería muy hermoso
que el amor existiese.

ESTAS SON LAS COSAS QUE QUIERO COMPARTIR

Transmitirnos los sueños,
olvidar los edictos,
beber la vida juntos
hasta la borrachera.
Dormir sin tentaciones,
despertar siempre niños,
asesinar al tiempo.
Olvidar lo que es mío
porque todo ya es nuestro.

Buscar lo inalcanzable,
la realidad del mundo
romper en mil pedazos,
recorrer las estrellas,
exiliar lo imposible.

Y abrir siempre las manos
para unir a las gentes.

Estas son las cosas
que quiero compartir.

ESPERANZA

Y hay que vivir: el tiempo nos devora,
los relojes caminan, nuestro espacio
se aleja de nosotros sin remedio;
ha de llegar la noche, sin sentirla,
y la muerte también; pero no temas.
Aférrate a mi cuerpo, no hay futuro,
no hay ayer; el presente es infinito.
Pero si temes, si esto no te basta,
piensa que cuando el tiempo nos destruya,
otros se abrazarán en la penumbra
con este mismo ardor; que ellos seremos
nosotros, nuestros cuerpos siempre y siempre
encarnados en todos los amantes.

MAÑANA AL AFEITARME

Sí, todas esas cosas me hieren hondamente
cual si tuvieran filo y brillo y desgarraran,
porque me duele todo de mi vida y sus vidas
y he sufrido siempre, aun cuando tú me ames.

Sufro por el mendigo que todas las mañanas
descubro — árbol humano — pidiendo en mi camino,
junto al que paso extraño, temiendo ver su mugre,
su mirada o sus manos, porque — tal vez — no tengo
ni siquiera para un poco de tabaco.

Sufro por el marica que, en silencio, me mira
— en la esquina, en el metro — con deseo y con asco,
con tristeza y con miedo.
Y por la prostituta borracha que una noche,
llorando, me pedía no la dejase sola.

Sufro por el obrero que sueña con un coche
y un buen piso con cuadros y «parquet» e inodoros.
Y sufro por los hombres que viven en el campo
y por los que caminan por las ciudades solos,
y sufro por los niños carentes de alegría,
y por los simples pájaros al llegar el otoño,
o cuando a veces pienso que tal vez Dios no existe.

Quisiera abrazar la boca que me nombra
o al hombre indiferente que perdió su sonrisa,
pisotear el tiempo del que me siento esclavo
o, simplemente, abrirme las venas de mis brazos
cualquier turbia mañana al afeitarme.

DESVENTURADO EL QUE...

Desventurado el que no supo
gozar del cálido verano
en la playa promiscua del sol y de los cuerpos,
cuando la muerte y el invierno
carecen de importancia;
el que no quiso, el que no pudo
vivir el frenético carnaval de la vida,
danzando sin parar hasta el alba.

Desventurado aquel que llegó tarde
a la gran fiesta, el que no pudo
alcanzar el postrero tren del día,
sentir en el espejo de Narcisos
la tersura y la envidia de su rostro
o beber la ambrosía embriagadora
que sólo a unos pocos Ganimedes ofrece.

Desventurado siempre el que no pudo
dialogar con los cuerpos de los otros
y sentir la fragancia de todos los placeres.

Desventurado el hombre que no supo
vivir su juventud irrepetible
— que sólo es un verano la existencia — .
Pues no basta estar vivo, si la sangre
no es cálida, rebelde e incansable,
si el parque está marchito, solitario,
y aquel ser
— quizá quien más profundamente pudo amarte —
hoy vino a recordarte que es otoño.

DESPERTAR

Hacia la escuela vas, hacia la escuela,
con tu cartera bajo el brazo;
limpia está la mañana y el sol pone
resplandor de caricia por tu frente.
Ajeno a ti, el mundo en este instante
prosigue su carrera tenebrosa:
diarios matutinos, olor a tinta fresca,
irrumpen de repente: amenaza de guerra,
asesinato, atraco a mano armada,
algún secuestro, y sexo y muerte,
y muerte y sexo y muerte.

El tráfico ensordece tu camino,
contaminando el aire y la mañana,
y hay prisa y odio en todo cuando cruzas,
porque el hombre está oscuro y ha perdido
la paz, la libertad y la sonrisa.

Mas tu marchas tranquilo y sonriente
— cartera bajo el brazo — a tu destino,
ajeno a todo lo que no sea ahora
clara quietud de brisas y de pájaros.

Y perdido entre el tráfico y las prisas,
en tu figura luce la esperanza.

A TUS LATIDOS, HIJO, CANTO AHORA

(Sexto mes de gestación. En la consulta del doctor un altavoz retransmite la auscultación del vientre materno).

Rompiendo la barrera del silencio
de ese claustro materno en que te formas,
me llegan, como truenos que ensordecen,
los primeros sonidos de tu sangre.
Advierto tu presencia desde lejos,
más allá del misterio de la vida,
y comienzo a quererte: te enquistaste
en la fibra más íntima del alma.

Al escuchar la voz de tus latidos,
rumor primero de tu ser que nace,
siento que se releva la existencia
como antorcha de atleta en olimpiada
porque tú eres la vida que prosigue
hacia el bien o hacia el mal eternamente.

Ya tienes ser, ya pienso en tu destino,
en tu trote de ciervo por los bosques del mundo,
y me alegro al saberte viajero hacia la Tierra,
astronauta en el seno caliente de tu madre,
aunque también angustia me produzca.

Hay algo que anonada al sentir tus latidos
sordos, precipitados, broncos, por vez primera,
latidos que se asemejan a estertor de agonía
o a ronquido inconcreto de reptil monstruoso,
al jadear de un ángel después de una pelea
o al rumor de las olas luchando contra el viento.

El primer sonido del corazón del hijo,
dentro del vientre oscuro y protector de la madre,
urgente voz de un sueño que, sin estar, ya vibra

por toda mi existencia, con todos sus afanes,
es un atroz misterio que exalta y que conmueve,
que sin querer nos cita, de pronto, con las lágrimas,
se quedan las estrellas pequeñas en el cosmos
y nada significan el tiempo y el espacio.

Cuando el doctor ausculta y el altavoz atruena
con tus nuevos latidos, hijo, la Tierra toda,
siento que la poesía huyó de los papeles,
y es la noria de sangre, cuya presencia advierto,
de tu corazón chico que ya grita a la vida.

LA PARÁBOLA

Trigo y cizaña juntos van creciendo,
por obra del destino, sobre el haza:
el trigo del amor, el bello trigo,
y el mal del enemigo, la cizaña.

Cuando llega el agosto, con sus hoces,
vienen los segadores justicieros.
Al granero de Dios llevan el trigo
y la cizaña del pecado al fuego.

Mi vida fue, Señor, cizaña y trigo;
hubo amor y hubo odio en mi sembranza,
fui justo y pecador, ¡salva mi trigo
el día que me arranquen la cizaña!

No sea que, con lo malo y lo inservible,
tus segadores echen trigo al fuego.
Hay algo de mí mismo, Señor mío,
que merece guardarse en tus graneros.

Cizaña y trigo soy. No arda mi trigo
cuando el fuego devore la cizaña;
que, junto a la maldad y el extravío,
me crecieron también espigas claras.

TÚ HIERES

Tú hieres como hiera la tristeza
de una tarde de lluvia sin trabajo,
como hieren los pájaros que mueren
irremediabilmente en el otoño.

Hieres como la risa de los ricos,
como la anemia de los niños pobres,
como la vida hieres, como el tedio,
como el primer amor incomprendido.

Hieres como la angustia de estar vivo,
exiliado de Dios sobre el paisaje,
como la soledad — palabra oscura —
que horada la mente y la transforma.

Tú hieres como hieren alfileres
que explotan bellos globos a los niños,
o, acaso, como hiera la cigüeña
que abandona su torre cualquier tarde.

Me hieres como hieren los cipreses,
como la novia que nunca tuvimos,
como el amigo que no nos comprende,
como vivir sin fe y entristecidos.

Tú hieres como hiera al firmamento
una estrella que pierde sin remedio,
como la enferma tos de los románticos,
como pensar que Dios no existe, hieres.

CARTA A LOS EMIGRANTES

Fardos en la estación que un tren esperan.
Tan cansados están que ya no sienten
la desesperación ni la tristeza.

Son bultos sucios que el embarque aguardan
en la estación extraña, amontonados.
Están sucios de hollín, también de tierra,
y nada dicen porque están cansados.

No saben adónde van. Tan sólo anhelan
algo de comprensión. No tienen nada
que llevarse a la boca. Ellos quisieran
desayunar cariño esa mañana.

Y es entonces que alguno, en la nostalgia,
se hace voz y recuerdo cuando piensa:
«En mi pueblo hay un olmo centenario
que se viste de luz en primavera.
Hay una plaza blanca y una fuente,
y todas las muchachas son morenas».

Debemos esperar, esperar siempre,
la vida es del que lucha y del que espera;
pero estamos cansados de caminos
y la oscura tristeza nos anega.

Ajenos al bullicio y a las prisas,
ajenos a la extraña lengua ajena,
se tienden, apoyando las cabezas
en humildes maletas de madera.

Son fardos de estación — ¡pobres hermanos! —
que, en la marginación, un tren esperan,
que van a mendigar un pan amargo
porque su patria es sorda, muda y ciega.

¿QUÉ MUNDO SERÁ EL VUESTRO?

¿Qué mundo será el vuestro, Fernando, cuando crezcas,
cuando todos los niños como tú ya seáis hombres?

¿Qué escribiréis entonces, con vuestras propias obras
en esa gran pizarra de la vida?

¿La paz y la hermandad imperarán en todo?

¿Seguirá habiendo odio, falsedad, miedo y muerte?

¿Construiréis una raza creadora y poética
que fecunde en amores la humanidad entera?

¿Volverá el Paraíso de nuevo a vuestras manos,
siendo ya, para siempre, Dios amigo del hombre?

¿Han de ser vuestros símbolos la paloma y la rosa,
y la mano extendida, el trigo y los almendros,
o seguirá existiendo, tras la crueldad y el odio,
el deseo de dominio y la guerra implacable?

¿Estará desunida la humanidad entonces
y tendréis como símbolos la metralla y la ortiga,
el obsceno desnudo y el robot y la fuerza?

Tengo fe en la esperanza y tengo fe en los niños.

Deseo para vosotros todo cuando no tuve.

Una humanidad nueva del amor ha de alzarse.

Este mundo caduco que pasa a vuestras manos,
restaurarlo de nuevo. Tratad de hablar con Dios.